

# **LA GIOCONDA PINTADA POR UN CIEGO. ¿PUEDE EL CAPITALISMO SER SOCIAL?**

Rubén Llop  
Universidad de Barcelona

## **Resumen:**

En el presente artículo caracterizamos cómo los criterios instrumentales del capitalismo contemporáneo fundamentan la crisis actual, económica, social y política, de las sociedades occidentales. De la misma manera criticamos la ambivalencia ética que se produce en dichas sociedades avanzadas alabando al propio sistema capitalista cuando éste les beneficia y culpabilizando a terceros cuando éste les excluye. Por último destacamos la necesidad de una nueva educación, de un nuevo enfoque individual y social en la conformación del ciudadano contemporáneo.

## **Palabras Clave:**

Capitalismo contemporáneo, razón instrumental, desafíos éticos y políticos, educación.

## **Abstract:**

In this work we characterize how the instrumental criteria used by the contemporary capitalism are the roots of the existing economical, social and political crisis among the occidental societies. We also criticize the ambivalent ethical approach that these societies adopt cheering the system when facilitates their development and looking for others to blame when they are excluded by the capitalism. Finally, we claim for the need of a new individual and social educational approach to build up a new contemporary citizen.

## **Keywords:**

Contemporary Capitalism, Instrumental Reasoning, Ethical Challenges, Political Challenges, Education.

Recibido: 21/07/2012

Aceptado: 08/10/2012

## MARCO

Este artículo se enmarca en una investigación más amplia en la que se ha caracterizado, entre otros aspectos que constituirían los objetivos de nuestro trabajo, al capitalismo contemporáneo a través de un estudio de la alta dirección de las empresas multinacionales. Así, a lo largo de más de veinte años, se han entrevistado en profundidad a más de 400 altos directivos de empresas multinacionales provenientes, principalmente, de Europa y de América del norte y, en menor medida, de América del sur, Asia y África. Específicamente, a estos directivos se les ha analizado en el ejercicio de sus funciones ejecutivas en más de veinte casos de gestión de cambio y crisis empresarial durante el periodo 1990 a 2012. En paralelo, se han estudiado los criterios y conceptos impartidos en seis de las principales Escuelas de Negocio en función de los rankings publicados por la prensa internacional. Cinco de ellas son europeas (INSEAD en Fontainebleau, Francia; IMD, en Laussane, Suiza, IESE en Barcelona, Deusto Business School, DBS en Bilbao, España y EADA, también en Barcelona, España) y la última, norteamericana, HBS, Harvard Business School en Boston, Estados Unidos). Es en estas, y otras, escuelas de negocios de “reconocido prestigio” donde se conforma el ideario y las reglas básicas de la praxis del propio sistema y donde, de manera cuasi industrial, se “fabrican” esos directivos que son necesarios para la propia expansión del sistema capitalista contemporáneo. Con todo ello hemos podido reflexionar y profundizar en el espíritu del capitalismo contemporáneo, en su razonabilidad instrumental y en los criterios que este sistema económico aplica en su toma diaria de decisiones. Algunas de las repercusiones de esta investigación y de esta reflexión filosófica, en concreto, las implicaciones sobre las sociedades occidentales desarrolladas y su estado del bienestar se recogen en los apartados siguientes.

## INTRODUCCIÓN

Buena parte de la civilización occidental, (si tal concepto pudiese ser defendido, téngase en cuenta que, según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, civilización significa: “estadio cultural propio de las *sociedades humanas más avanzadas* por el nivel de su ciencia, artes, ideas y costumbres”; concretamente dudamos en la aplicabilidad del concepto de “sociedad humana más avanzada”), anda convulsa por la desaceleración, crisis, recesión, depresión... que, desde 2007, golpea el llamado “estado del bienestar”, (situación extraordinaria de riqueza, seguridad y confort constituida para unos pocos “elegidos” en base a la explotación de todas las oportunidades de mercado que aparezcan en el ámbito global, independientemente de que se basen bien en la explotación masiva de recursos de terceros o bien en la inhumana supervivencia de más del 60% de la humanidad.) Pues bien, sobre esa sociedad convulsa que está “indignada”, sobre esa “severa

crisis" que "atenta contra los logros alcanzados", sobre esa inusitada sorpresa por haber llegado a esta situación es sobre lo que iniciaremos nuestras reflexiones en este artículo.

Así, en primer lugar, y principalmente, reflexionaremos sobre cómo es posible que la situación actual cause sorpresa. Desde nuestra perspectiva, la razón instrumental que impulsa al capitalismo contemporáneo conduce, inexorablemente, y además de otras graves consecuencias que no abordaremos en el presente artículo, a esta situación. Así, realizaremos, en el siguiente epígrafe, una caracterización y crítica de la racionalidad que impulsa la expansión global de los criterios propios del capitalismo contemporáneo y la conformación, la producción, la fabricación del ciudadano contemporáneo requerido, exigido, por el capitalismo contemporáneo.

En segundo lugar analizaremos lo que a nuestro juicio es una flagrante falta de miras de la sociedad occidental que, malacostumbrada por las décadas en las que han formado parte de los elegidos por el sistema, ve ahora "injusto" su propio retroceso. Este acercamiento conlleva una reflexión sobre los desafíos éticos, ideológicos y políticos a los que podría (y quizás debiera) enfrentarse una sociedad contemporánea y progresista que fuese ilustrada.

Por último, y aún a pesar de la lucidez de la teoría crítica de la escuela de Frankfurt, trataremos de esbozar posibles caminos alternativos al esperpéntico devenir de la racionalidad instrumental del capitalismo contemporáneo, bien sea mediante la aceptación de y la resignación para con la realidad existente y su inexorabilidad (donde más que una alternativa vemos una rendición), la lucha mediante una concienciación y reactivación de colectivos sociales dispersos, débiles y/o inactivos o, por último, el cambio de paradigma en la educación (en la malformación) de los ciudadanos que nos son contemporáneos.

#### RAZÓN INSTRUMENTAL. LA FABRICACIÓN DEL CIUDADANO CONTEMPORÁNEO.

Ya hace décadas que el capitalismo ha derribado y superado las teóricas y débiles fronteras que delimitan a un sistema que, supuestamente, es meramente económico para ocupar un lugar destacado y supranacional, acercándose progresivamente a la globalidad, en la configuración, conformación y producción del ciudadano contemporáneo que el propio sistema necesita y en el que se personifican sus propios valores, sus criterios y su extendida racionalidad.

A partir de la fabricación de esta determinada tipología de ciudadano, de sus valores, de sus comportamientos y actitudes de inmediatez, de consumo ilimitado, de búsqueda del enriquecimiento individual, no dudamos en considerar a la sociedad que dicho sistema capitalista fundamenta, que dichos ciudadanos conforman, como una sociedad sin objetivo común, sin un fin último que permitiese

la emancipación ilustrada del hombre y la conformación de una realidad social que permitiese, o incluso potenciase, esa emancipación. En palabras de Horkheimer (2000: 38):

La economía burguesa no se rige por un plan, pese a toda la sagacidad de los individuos en competencia mutua, ni se orienta conscientemente hacia un fin universal. La vida de la totalidad surge en este sistema sólo bajo fricciones desmesuradas, en una forma atrofiada y como por casualidad.

Desde esta perspectiva, y fundamentada la realidad social actual, al albor de la conformación individual y social a partir de los criterios expandidos por el capitalismo contemporáneo, en un enfoque de enriquecimiento individual cortoplacista y ciego al medio y largo plazo desde el punto de vista de la comunidad, se antoja difícil que, como sistema, pueda contribuir a una mayor emancipación y desarrollo real del ser humano.

El mismo autor, reflexionando sobre la razón subjetiva en su vertiente instrumental, destaca (Horkheimer, 2002: 46):

La razón subjetiva se revela en última instancia como la capacidad de calcular probabilidades y determinar los medios adecuados para un fin dado.

[En la razón subjetiva]... no hay ningún fin racional en sí, y, en consecuencia, carece de sentido discutir la preeminencia de un fin respecto a otro desde la perspectiva de la razón.

Por tanto, lo que el capitalismo contemporáneo, adalid de la razón instrumental, exige a los ciudadanos que le son coetáneos y, en singular manera, a sus líderes empresariales, es la mayor y mejor cualificación y habilidad en la alineación de medios para obtener sus fines, en la instrumentalización de bienes y seres en pos de la obtención de su fin último: el enriquecimiento individual. Este fin, además, está fuera de evaluación, crítica y/o juicio ya que, por definición factual, los fines, bajo el yugo de la razón instrumental, ni se valoran ni se priorizan.

Así, esta razón instrumental del capitalismo contemporáneo busca, indefectiblemente, la maximización del beneficio empresarial y, al mismo tiempo, el mayor y más notorio éxito individual, estructurado y definido como la obtención del mayor enriquecimiento individual posible en el menor plazo. De estos fines, que no se discuten ni valoran, se desprende, a partir de la vulgata y concepción pseudo científica que expande el propio sistema capitalista contemporáneo, que el bien común, por ejemplo, el estado del bienestar, se obtendrá como una especie de corolario indiscutido e indiscutible. En este artículo trataremos de demostrar que no es el caso.

Puede generarse un cierto grado de confusión entre nuestra severa crítica al espíritu del capitalismo contemporáneo y el hecho de aceptar y reconocer (como así

hacemos) el bienestar social que algunos países (o mejor, economías) han alcanzado gracias al hiperconsumo o, por ejemplo, aceptar y reconocer la mejora real de las sociedades europeas respecto a periodos y sistemas anteriores. Nuestra posición es que éste espejismo de mejora y de progreso (que tan sólo ha durado algunas décadas y siempre ha sido interrumpido por guerras o severas crisis) no debiera confundir el juicio existencial sobre si, realmente, estamos en una época de progreso del ser humano o en una época sin una conducción de vida (*Lebensführung*; Weber 2004), que realmente lleve a un auténtico progreso entendido como emancipación del hombre y, en definitiva, como una armonía del ser humano consigo mismo y con su entorno.

Respecto a la alineación entre el capitalismo contemporáneo y el perfil, la caracterización, la ética que sus coetáneos y/o sus líderes deben presentar podemos retomar reconocidas reflexiones previas. En el caso de Max Weber, que reflexionó a principios del siglo XX sobre la correlación entre ciudadanos, sus éticas y los requerimientos del capitalismo de la época y, a la luz de las reflexiones que sobre él hacen Boltansky y Chiapello (Boltansky y Chiapello, 2002: 42), los burgueses con ética protestante, aún ajenos en su conformación a la lógica capitalista (dado que su ética proviene de sus creencias religiosas) presentan unos criterios éticos, unas bases en la toma de sus decisiones, que están alineados con los fines que el capitalismo coetáneo presentaba:

Para Max Weber, el 'espíritu del capitalismo' hace referencia al conjunto de elementos éticos que, si bien ajenos en su finalidad a la lógica capitalista, inspiran a los empresarios en sus acciones a favor de la acumulación de capital.

El mismo Weber (2004), para recalcar los impactos de la concepción luterana en la inclinación de los protestantes a interesarse por las actividades terrenales y, por tanto, en las actividades profesionales, destaca (Weber, 2004: 138):

Según Lutero, es evidente que la conducción de vida (*Lebensführung*) monástica no sólo carece por completo de valor para justificarse ante Dios, sino que además es el producto de un desamor egoísta, que trata de sustraerse al cumplimiento de los deberes que precisa cumplir en el mundo. Surge así como contraste la idea a la vez profana y religiosa del trabajo profesional como manifestación palpable de amor al prójimo.

Es decir, lo que para algunas éticas religiosas no sólo es loable sino que se convierte en una de las máximas expresiones de honrar a Dios y de mostrar la máxima entrega posible (por ejemplo, el retiro monástico para dedicar la vida a la oración y el recogimiento) se convierte, para la ética luterana, poco menos que en una aberración y en un manifiesto alejamiento al curso de acción que honraría la voluntad de Dios, es más, es incumplir sus mandatos.

Los valores, los criterios, del capitalismo contemporáneo (su espíritu, acercándonos a Weber), se fundamenta en creencias y afirmaciones pseudo científicas que no son ni contrastadas ni valoradas, en sí mismas, respecto a su propia consistencia y/o fiabilidad ni, por otro lado, tampoco son valorados o discutidos como fines últimos de la actividad individual y, por extensión, de la actividad social válidos para un desarrollo y una mejora real del potencial humano. En nuestra investigación hemos asistido a la repetición global de afirmaciones económicas y de gestión por parte de altos directivos de diferentes procedencias, entornos culturales y religiosos que, sorprendentemente, eran idénticos en su formulación y en su fondo y, al mismo tiempo, no eran sustentados por evidencias científicas ni técnicas, tan solo eran “lugares comunes” contruidos a base de repetición y de expansión en medios de comunicación y de formación.

En la misma línea, el capitalismo que nos es contemporáneo persigue, se fundamenta, sin limitación alguna, en la obtención del máximo enriquecimiento individual ilimitado en el menor tiempo posible, alimentando este enriquecimiento y su cortoplacismo, en el crecimiento, también ilimitado, del consumo. Este enfoque, esta definición de fin último asume, adicionalmente, dos corolarios: uno de ámbito social: el enriquecimiento individual ilimitado revertirá, indefectiblemente, en el bienestar común; y el otro, de ámbito individual: asume que si no se alcanza el éxito individual las causas de dicho fracaso recaen, principalmente, sobre el fracasado, ya que no ha sido lo bastante flexible, pro-activo, luchador, ambicioso, inconformista, agresivo, creativo o, simplemente, capaz... para conseguirse su propio éxito.

Simplemente, respecto a los fines del capitalismo, sus conceptos y sus corolarios, nuestra posición es clara: todo es falso. Ni el crecimiento puede ser ilimitado, ni el enriquecimiento individual tiene porqué conllevar el bienestar social, ni la exclusión del sistema puede recaer, en forma de culpabilidad, exclusiva o completamente, sobre el individuo.

Veamos cada aspecto por separado, si, por ejemplo, para sustentar la economía española, según podemos leer y escuchar incesantemente desde 2007, se necesita un crecimiento del PIB cercano al 3%, eso conlleva a afirmar que nuestra producción, y el consumo asociado, deben duplicarse cada 25 años, aproximadamente. Y debe continuar duplicándose, de manera continuada cada 20 años, es decir, multiplicar por 16 el “tamaño de mercado” de España cada 100 años... ¿Alguien puede imaginarse, y mucho menos justificar, estos crecimientos a nivel global?

Es, a nuestro juicio, una evidencia social el hecho de que el enriquecimiento individual no lleva asociado, necesariamente, una mejora social general. El número de pobres de Estados Unidos o de países como España, sigue creciendo, de la misma manera que la brecha entre ricos y pobres crece sin cesar en el último siglo. Parte de las tensiones sociales contemporáneas en las sociedades occidentales pueden

sustentarse en esta realidad que sí es una consecuencia directa de la lógica y de la racionalidad del sistema capitalista contemporáneo.

Por último, hacer recaer la culpabilidad del fracaso sobre el individuo es otra de las “verdades” que el sistema ha conseguido inculcar a la sociedad. ¿Realmente un hombre español de 55 años es “culpable” de su exclusión de las ofertas de trabajo que el sistema capitalista publicita?

Además, y esta es una debilidad, a nuestro juicio, consustancial al sistema y a su razonabilidad instrumental, al no valorar ni validar los fines últimos del sistema, al no analizar con mirada crítica sus implicaciones últimas, toda la capacidad del mismo se encamina, exclusivamente, a la alineación eficiente de los medios para la obtención de sus fines, por tanto, se especializa y profesionaliza en la instrumentalización, en la cosificación, de personas, bienes y servicios.

Se encarna, por tanto, la versión más inexorable e imprudente de la razón instrumental: sin saber si los objetivos últimos del sistema capitalista contemporáneo, sus fines, son válidos o no para la mejora de la condición humana, el sistema (y sus líderes) se dedica, con la mayor velocidad, voracidad y eficiencia a alinear todos los medios existentes en pos del incremento del consumo, que alimente y contribuya al máximo enriquecimiento individual confiando, ciegamente, en que esa riqueza individual contribuya al estado del bienestar general. No nos parece que esta concatenación “racional” sea ni sustentable ni defendible ante una mirada filosófica crítica.

De ahí nuestra pregunta: ¿cómo puede sorprendernos que desde estos fundamentos instrumentales se genere la situación de (supuesto) colapso actual de las economías occidentales? ¿Cómo, de aquellas lluvias, provienen estos lodos?

Sencillo. Veamos dos ejemplos prácticos alineados a la crisis de las sociedades europeas, por ejemplo, la española.

Si los salarios de un país crecen, durante un tiempo, es positivo para el propio sistema capitalista y su lógica porque alimentan un consumo más extendido, es decir, se amplía el “mercado potencial” de consumidores. Ahora bien, esta dicha, en exceso, convierte el país en menos competitivo que otro que, teniendo costes salariales más bajos (y menor protección social), pueda alcanzar similares productividades. Por tanto, la conclusión, a la luz de la razonabilidad instrumental que lidera los criterios del capitalismo contemporáneo, es evidente, lineal: el reparto de riqueza ha sido excesivo y hay que “deslocalizar” el centro productivo al segundo destino con un mayor potencial de obtención de beneficios, de generación de riqueza, al mismo tiempo que se precisa el ir destruyendo los “logros alcanzados tras años de lucha” en la economía ya “desarrollada”, debilitando o haciendo

desaparecer el estado del bienestar (otrora, supuestamente, una demostración de que el enriquecimiento ilimitado individual revertía en el bien común).

De la misma manera, si la economía de un país, potencialmente, tiene (o tendrá) dificultades para repagar, en el futuro, la deuda adquirida con los mercados internacionales de capital (utilizada previamente para fomentar el consumo y el crecimiento), los propietarios de esos capitales querrán cobrar un mayor interés por sus préstamos (la llamada “prima de riesgo” de una determinada inversión) y la escalada de encarecimiento de dicho endeudamiento se hará insostenible para el país en cuestión, llevándolo, a él y a los miembros de su sociedad, a un colapso financiero, económico y social, mientras los propietarios del capital internacional mejoran sus beneficios.

Ahora bien, estos comportamientos del capital y de los mercados no corresponden a extraños y oscuros seres del espacio exterior que responden a malvados intereses y perniciosos criterios. Aplican los criterios de adoctrinamiento de universidades de prestigio y de reputadas escuelas de negocios que conforman a los líderes empresariales de las compañías multinacionales y que, tal y como los productos de una cadena de montaje automatizado, replican criterios y valores en la toma de decisión diaria de sus puestos ejecutivos. La razón instrumental no sólo se aplica a la producción de estos ciudadanos, sino que estos, como materia productiva, como ejecutivos, aplican dichos criterios a todos los ámbitos del desarrollo de sus actividades profesionales que, finalmente, sí inciden en las realidades sociales que les rodean. Éstas, cuando son receptoras de las inversiones y forman parte de “los elegidos” del sistema (como España tras 1986 y la entrada en la embrionaria Unión Europea) jalean al capitalismo y aplauden sus criterios y máximas convenientemente esparcidas mediante su vulgata y los medios de comunicación (Bourdieu y Wacquant 2001) hasta abrazar el pensamiento único (Marcuse, 1968 y 2009). Es decir, si la deslocalización es desde la industrializada Inglaterra a la potencialidad Española, el criterio es justo y el sistema funciona. Ahora bien, si la deslocalización es desde la cara, poco productiva y corrupta España hacia la potencialidad de Polonia, es una injusticia.

Una de las reflexiones que nos hacen Bourdieu y Wacquant, se centran tanto en el poder de los medios de comunicación en pos de la extensión de los criterios del capitalismo como la ausencia de rigurosidad en la evaluación de los propios criterios que la vulgata asume como buenos. Nosotros nos alineamos con el enorme poder que los autores asignan a los medios de comunicación en la conformación de la sociedad contemporánea principalmente en dos aspectos: el de la caracterización del ciudadano como consumidor, por un lado y, por otro, en la reafirmación permanente y la creación de un estado de opinión en el que la realidad generada por



el dominio de los criterios capitalistas es, no sólo sólida y “científica”, sino la única posible y la más conveniente.

Así, Bourdieu y Wacquant (2001: 8), destacan, al igual que ya hemos reflexionado con anterioridad, la falta de auto análisis del propio sistema y de las bases que, en teoría, le fundamentan:

Estos lugares comunes, en el sentido aristotélico de nociones o de tesis con las cuales se argumenta pero sobre las cuales no se argumenta.

En sus reflexiones sobre el imperialismo de las realidades y criterios norteamericanos difundidos por los medios de comunicación, los autores van más allá defendiendo cómo se va conformando una realidad globalizada en la que dichos criterios se asumen, de manera aparentemente natural, como universales y fundamentados a pesar de responder, exclusivamente, a una realidad concreta:

...estos lugares comunes de la gran vulgata planetaria, a los que la persistente repetición mediática poco a poco va convirtiendo en sentido común universal, consigue que se olvide que son fruto de las realidades complejas y controvertidas de una sociedad histórica particular, tácitamente constituida en modelo y en medida de todas las cosas. (Bourdieu y Wacquant, 2001: 11).

De esta manera, la divulgación permanente, y a gran escala, de la vulgata del espíritu capitalista contemporáneo basada en criterios y conceptos de supuesta solidez pseudo científica, aparte de constituir una determinada visión del mundo (con la “necesidad” de la globalización), acaban conformando una realidad social y un determinado tipo de individuo (alineado con la tesis que subyace a nuestro artículo). Así, los autores, en la página 14 de la obra citada, destacan cómo el sistema capitalista consigue, a través de la utilización instrumental de todos los medios de comunicación y de divulgación disponibles “...poner en circulación toda una filosofía del individuo y de la organización social”.

Sus reflexiones abundan en el ataque a las políticas neoliberales y a la confrontación profunda contra el sistema capitalista contemporáneo, enfoque éste en el que no pretendemos profundizar ya que se aleja de los objetivos de nuestro artículo.

El capitalismo contemporáneo basado en sus mejoras técnicas también tiene su paradoja, según alguno de los autores de la Escuela de Frankfurt, a la luz del ideario ilustrado (Horkheimer y Adorno, 1994). El hombre buscaba mediante su racionalidad liberarse de ataduras del pasado y progresar en todos los ámbitos de su existencia. El alcanzar un insospechado nivel de desarrollo tecnológico y científico debiera, según las predicciones ilustradas, contribuir y acelerar este proceso emancipador de esclavitudes y limitaciones. Por tanto, podríamos hablar de la utopía ilustrada, de alcanzar, desde un pasado tenebroso en manos de magias y supersticiones, una

realidad social libre basada en su discernimiento racional y su saber. Esa esperada transformación social coincidiría con la definición que del concepto utopía realiza Marcuse en *El final de la Utopía* (Marcuse, 1968: 8):

El concepto de utopía es un concepto histórico. Se refiere a los proyectos de transformación social que se consideran imposibles.

Así, la utopía ilustrada buscaba una transformación social basada en la racionalidad humana. Desde su perspectiva, Marcuse afirma que, en la sociedad moderna y, en nuestra opinión, aún más en la contemporánea, se presentan las capacidades técnicas necesarias para alcanzar cualquier transformación social que los seres humanos pudiesen imaginar en pos de su emancipación. Probablemente sea un exceso el considerar las capacidades actuales como "ilimitadas" ya que, si bien lo son respecto al pasado, se podría asumir que, de existir una continuidad en el llamado progreso tecnológico, y considerando la velocidad a la que se producen mejoras en productos y procesos, en pocas décadas se considerarán las capacidades técnicas y tecnológicas actuales como obsoletas y tremendamente limitadas. No obstante, lo que sí podemos afirmar es que, respecto a épocas anteriores, se dan en la actualidad unas capacidades inimaginables hace sólo media generación, por lo que, de cumplirse la hipótesis comentada anteriormente, es decir, si un desarrollo técnico de tal magnitud tuviera como destino el cumplimiento de la utopía ilustrada, parece sensato afirmar que, en la realidad contemporánea se dan unas condiciones sensiblemente mejores a las de cualquier otro tiempo, en lo que a capacidades técnicas se refiere, para avanzar significativamente de manera acorde al ideario ilustrado.

Así, en opinión de Marcuse, atendíamos ya en la segunda mitad del siglo XX a una oportunidad de consolidar el proyecto de la Ilustración en cuanto a un hombre emancipado de ataduras, leyes, normas y supersticiones que, además hubiese avanzado significativamente en lo que a convivencia humana se refiere. No obstante, la lectura que hace Marcuse de la realidad es dramáticamente diferente. En su opinión, la sociedad industrial tecnológicamente avanzada, hija, en nuestra opinión, del capitalismo y su desarrollo, no contribuye como podría ser deseable por la Ilustración a la mejor de la existencia humana (Marcuse, 2008: 12):

Las inmensas posibilidades de la sociedad industrial avanzada son movilizadas cada vez más contra la utilización de sus propios recursos para la pacificación de la existencia humana.

Dándose, en su opinión, las condiciones técnicas para una abolición gradual de todo aquello que limite los instintos del hombre, no se puede alcanzar ese estatus de emancipación sin una ruptura con la realidad actual. Esta es la paradoja, existen los medios para lograrlo pero, aparentemente, esos medios no están al servicio del fin previsto y perseguido por La Ilustración. En su opinión, sin un cambio cualitativo de

los paradigmas contemporáneos no es posible el progreso del ser humano. Propone una teoría del cambio social.

Por tanto, al igual que ya hemos reflexionado con anterioridad, ante la permanente repetición en los medios de comunicación al servicio del sistema capitalista de los eslóganes en los que se sustenta su propia auto-justificación, la supuesta base de ciencia económica y de lugares comunes, como la relación directa que se le supone al enriquecimiento individual y al bien común y/o al bienestar social, va conformando una sociedad y unos valores dentro de ella cuyo único fin es la propia expansión del sistema capitalista contemporáneo.

Aún es más, para no distanciarnos en exceso de esos ejecutivos de multinacionales, de los directivos de la banca, de los tecnócratas de estamentos políticos alemanes o italianos, nos parece conveniente recalcar que la conformación de esos ejecutivos, el adoctrinamiento que recibieron y que eficientemente aplican a nuestras realidades sociales, no distan tanto de aquellos criterios y actitudes que el ciudadano medio de las sociedades occidentales aplica en su conducción de vida en pos de su propio enriquecimiento individual.

#### DESAFÍOS ÉTICOS Y POLÍTICOS. IDEOLOGÍAS Y MERCADOS

Habiendo llegado, por tanto, al destino prometido, pero no explicitado, por el capitalismo contemporáneo nos gustaría profundizar en dos aspectos que podrían parecer laterales al capitalismo pero que, por el contrario, son centrales en la evolución social que conlleva la globalización de los criterios del capitalismo y que, en nuestra opinión, en el último medio siglo, alimentan el desarrollo y la profundidad de la crisis de las economías (y de las sociedades) occidentales más favorecidas por el capitalismo contemporáneo. Por un lado estarían los desafíos éticos. Por el otro los políticos.

Empezando por estos últimos y, a pesar de la obviedad de nuestro comentario, el campo de la batalla política se ha cristalizado como una muestra más (si bien una muestra aterradora) del liderazgo de los criterios de gestión capitalistas contemporáneos aplicados a un mundo filosófico práctico que otrora pudo ser excelso. Nuestros sistemas políticos democráticos occidentales responden tan solo a los criterios de la mercadotecnia contemporánea. Así, en el mundo de la gestión política, ante una realidad social dada, ésta se caracteriza atendiendo a los diferentes “segmentos de mercado” (reconvertidos en potenciales caladeros de votos) donde los estudiosos del marketing definen los titulares y los discursos asociados que parezcan ser los más adecuados para movilizar una determinada intención de voto a favor del orador (que no líder) de turno.

Por tanto, no hay lugar para las ideologías (otro éxito colateral de la creación del pensamiento único). Se trata de adecuar mensajes sencillos y cortos a la audiencia para poder ganar las siguientes elecciones que, indudablemente, exige una gestión a corto plazo similar a la aplicada en el criterio de enriquecimiento individual máximo en el menor plazo pero dirigido a la obtención y conservación de una determinada cuota de poder, o de administración del poder, pseudo político. Porque, adicionalmente a esta realidad, en el ejercicio actual de la gestión política, los imperativos categóricos y falsos de las llamadas economías de mercado definen las hojas de ruta de los estados en pos de su propia competitividad, como si de una empresa multinacional se tratase, lo que condiciona y limita de una manera inexorable la potencial existencia de un poder político democrático independiente del globalmente extendido espíritu del capitalismo contemporáneo.

Por todo ello, nos tememos que pocas esperanzas se podrán depositar en que estos “políticos de mercado”. Por un lado están alejados, y ajenos a ideologías (salvo a las neoliberales y neoconservadoras perfectamente alineadas al espíritu del capitalismo contemporáneo), están también conformados completamente ausentes de proyectos políticos de medio y largo plazo. Por ello, quedan relegados y enfocados en ridículas batallas dialécticas de ámbitos, en ocasiones, ciertamente ridículos, que inundan medios de comunicación, también instrumentalizados por las tendencias, consumos, *shares* y cuotas de mercado. Adicionalmente, son esclavos de los mercados internacionales de capital, a los que acudieron para perseguir el sueño consumista que alimentaba las calderas de la creación de ese propio capital y que, en ocasiones, se convertían también en sólidos pilares donde fundamentar la corrupción individual y la de sus propios partidos políticos. Por todo ello, no nos parece que puedan ser capaces de hacer cambiar la situación de “crisis” y aún menos liderar un nuevo proyecto social, político y económico que pudiese cambiar estructuralmente no solo la situación actual sino la tendencia que, estructuralmente, los criterios del capitalismo contemporáneo provocan, inexorablemente, en el empobrecimiento cíclico de las realidades sociales a las que tienen sometidas.

Y esto nos llevaría a la vertiente de los desafíos éticos que nuestras sociedades podrían afrontar. Fruto de estos tiempos, es decir, fruto de las exigencias del capitalismo contemporáneo, aparece una extendida ética, definida como los criterios que de manera práctica nos permiten sobrevivir de acuerdo a nuestra moral, que, obviamente, está alineada con la flexibilidad y la adaptación al cambio que el capital impaciente del capitalismo flexible contemporáneo se ha encargado de extender y definir como una necesidad individual imperiosa.

Pues bien, esta ética nos permite participar, defender e impulsar los criterios capitalistas durante los largos periodos en los que formamos parte (a nivel individual) del selecto grupo de los “elegidos”. Durante esas décadas, en el peor de los casos, se

justifican las bondades del sistema, se alardea de los logros individuales alcanzados (sean estos productos de consumo, estatus social u otros) y, al mismo tiempo y de manera automática y exitosa, los excluidos del sistema pasan a ser “invisibles”, es decir, no solo no existen a nuestros ojos sino que, además, en el caso de que nos apercibamos de la existencia de esa molesta “contaminación visual” de nuestras ciudades, es obvio que podemos (y tendemos) culpabilizarles a ellos mismos de su situación por no integrarse, ni formarse, ni adaptarse, ni esforzarse, etcétera, lo suficiente para ser partícipes de las orgías de consumo y, ciertamente, de “éxito” de los “elegidos”.

Y esto respecto a los “excluidos” que llegan a estar en nuestro campo visual. Aquellos que están alejados, aquellos que forman parte de los colectivos sociales más desfavorecidos, estén siendo o no explotados por el capital internacional en la generación de productos de consumo concebido para nosotros, para las élites éticas de las “sociedades más avanzadas”, éstos no sólo son invisibles, sino que son inexistentes, no forman parte de la raza humana. Simplemente, hay que excluirlos de aquellas estadísticas que, vociferadas por los medios de comunicación adscritos y financiados por el propio sistema, publican incesante e incansablemente la obviedad del progreso que, gracias al sistema capitalista, la raza humana está alcanzando en estos siglos (XX y XXI).

Estas sociedades “en vías de desarrollo”, llenas de “excluidos” del sistema, sirven como excelentes mercados de consumo de la industria armamentística, como mano de obra barata y desprotegida de reputadas marcas internacionales de productos deportivos o de mobiliario doméstico, como campos de suministro de gas y/o petróleo en manos de sistemas dictatoriales y/o corruptos, otros continúan bajo el dominio explotador de la nueva colonización, etcétera.

Por tanto, no es que nos falten desafíos éticos o políticos, es que estamos demasiado “indignados” por nuestros recortes en el estado del bienestar y culpabilizando a otros (políticos, banqueros, mercados) de nuestros males que la agenda no nos da para atender tanto desafío, sobre todo, si, tras una primera reflexión, nos apercibiésemos de que nosotros mismos hemos sido buena parte de la causa de estas realidades, con nuestra propia conducción de vida durante décadas. Es decir, no somos ajenos a las causas que han generado esta situación, no somos inocentes, bien sea por acción o por inacción.

#### PLANTEAMIENTOS ALTERNATIVOS

Nos quedaría una última reflexión: ¿hay alternativas viables a la situación actual? ¿Hay alternativas viables al capitalismo contemporáneo? ¿A su extendido e indiscutido poder y a su influencia en la realidad social contemporánea?

Ciertamente, si leemos a Horkheimer, a la Escuela de Frankfurt y a su Teoría Crítica no parece que vayamos a celebrar un cambio de sistema en el futuro próximo. Además, si es la existencia la que marca y define nuestros criterios de conducción de vida, la “educación” existencial recibida nos conforma de tal manera que también se antoja difícil la heroica tarea de reconstruirnos tras haber sido abducidos por las “verdades” del sistema.

En esa línea tomaremos, como definición de teoría (y praxis) crítica la siguiente (Horkheimer, 2000: 62):

...la teoría crítica de la sociedad, es, como totalidad, un juicio existencial desplegado. Este juicio afirma, formulado toscamente, que la forma fundamental de la economía de mercancías históricamente dada, sobre la que se asienta la historia moderna, contiene en sí misma los antagonismos internos y externos de la época, los reproduce continuamente, cada vez con mayor crudeza, y tras un periodo de incremento, de despliegue de las fuerzas humanas, de emancipación del individuo; tras la expansión gigantesca del poder humano sobre la naturaleza, finalmente obstaculiza el desarrollo posterior y empuja a la humanidad a una nueva barbarie.

Es decir, de la misma manera que se le reconoce al capitalismo contemporáneo una fase de crecimiento y despliegue del ser humano, se le reconocen al propio sistema, debilidades intrínsecas y conceptuales que evitan el desarrollo real, la emancipación, del ser humano en equilibrio con su entorno.

Así pues, ¿no hay alternativa? Se nos antoja, triste y ciertamente, difícil. ¿Cuál podría ser el camino? Una lucha frontal, una acción social conjunta comprometida, una nueva educación, una crítica real y profunda del sistema capitalista, una generación de nuevas ideologías teóricas y prácticas, un nuevo ciudadano, un nuevo mundo, una nueva utopía...

Sí que nos parece que “refundar el capitalismo” es como pedirle a un ciego que replique la Gioconda. Que el capitalismo sea social es un oxímoron. Es pedirle un imposible. Es utilizar dos conceptos opuestos tratando que sean compatibles.

Y si ése no es el camino, ¿cuál es?

A partir de sus trabajos sobre la exclusión social y su propia evolución crítica frente al sistema capitalista Bourdieu llama a la acción social contra una realidad que considera terriblemente agresiva contra la posibilidad de emancipación del ciudadano contemporáneo. En su obra *Pensamiento y Acción* (2005) Bourdieu describe la situación contemporánea, utilizando parte del lenguaje extendido por el capitalismo, de la siguiente manera:

...se trata de excluir la posibilidad de una crítica de izquierda a una política económica y social reaccionaria que se oculta con un lenguaje liberal y hasta libertario –‘flexibilidad’, ‘desregulación’, etcétera- y que

nos presenta esta libertad forzada como un destino inevitable con el mito de la 'globalización'. (Bourdieu, 2005: 16).

En este espíritu del capitalismo contemporáneo, contra el que Bourdieu incita a revelarse, encuentra el autor que, con las excusas esgrimidas por las supuestas "leyes" de la economía, se pretendía:

...el regreso a una forma modernizada de capitalismo salvaje y la demolición del Estado Social. ...y así, vimos reaparecer formas de explotación propias del siglo XIX o aun peores, en cierto sentido, en la medida que introdujeron las estrategias más modernas del management al servicio de la maximización del beneficio. (Bourdieu, 2005: 17).

Aunque, como hemos avanzado, no continuaremos, en nuestro trabajo, la línea de confrontación al sistema sí que nos parece conveniente profundizar un poco más en los feroces ataques que Bourdieu lanza contra las características claves que le asigna al capitalismo contemporáneo impulsado, doblemente, tanto por las ideologías neoconservadoras del neoliberalismo como por la extensión de su vulgata, a todas luces sin justificaciones de base científica, mediante todos los medios a su alcance. En la misma obra destaca:

De hecho, esta filosofía no conoce ni reconoce otro fin que no sea la creación incesante de riqueza y, más secretamente, su concentración en manos de una pequeña minoría de privilegiados; conduce por lo tanto a combatir con todos los medios –incluido el sacrificio de los hombres y la destrucción del medio ambiente- cualquier obstáculo contra la maximización del beneficio. (Bourdieu, 2005: 31).

Por último, y enlazando sus ataques al sistema con su profunda preocupación por los excluidos y por los abandonados por el sistema Bourdieu concluye:

La política neoliberal puede juzgarse hoy por los resultados conocidos por todos, a pesar de las falsificaciones, basadas en manipulaciones estadísticas, que quieren convencernos de que Estados Unidos o Gran Bretaña llegaron al pleno empleo: se alcanzó el desempleo en masa, apareció la precariedad y sobre todo la inseguridad permanente de una parte cada vez mayor de ciudadanos, aun en las capas medias; se produjo una desmoralización profunda, ligada al derrumbe de las solidaridades elementales, incluidas las familiares, con todas las consecuencias de este estado de anomia: delincuencia juvenil, crimen, droga, alcoholismo, regreso de movimientos fascistas, etc.; se destruyeron las conquistas sociales y hoy se acusa a quienes las defienden de ser conservadores arcaicos. (2005: 32).

Para concluir de una manera aun más devastadora, a nuestro juicio (y tal y como veremos en su caracterización de la figura de los intelectuales contemporáneos), al afirmar:

El reino del 'comercio' y de lo 'comercial' se impone más y más en la literatura (sobre todo por la concentración de la edición, sometida a las restricciones del beneficio inmediato), en el cine.... Y ni hablemos de las

ciencias sociales, condenadas a obedecer los mandatos directamente interesados de las burocracias de empresas o del Estado o a morir por la censura del dinero. (ibid.).

De la misma manera, en la página 95 de la misma obra afirma:

...la lógica de la velocidad y del beneficio que se reúnen en la búsqueda del beneficio máximo a corto plazo... me parecen difícilmente compatibles con la idea de la cultura.

Asistimos, de la mano de Bourdieu, a la caracterización del espíritu del capitalismo contemporáneo centrado en la obtención del máximo beneficio en el menor plazo, al mismo tiempo que, como subproductos no relevantes para el propio sistema y excluidos de su proceder instrumental en pos de su perpetuación y expansión, a la cosificación de arte y de la ciencia, a la destrucción del estado social, a la generación de desechos sociales y de peligrosas derivas políticas...

Con esta descripción de la actualidad y de la falta de referencias no es extraño que Bauman se cuestione sobre cómo educar a los jóvenes en esta nueva realidad económica y social (Bauman, 2008). Uno de los corolarios de esta futilidad originada por el capitalismo contemporáneo es que parece que haya que librarse de uno mismo, evadirse de nuestra propia realidad si es que pasa a ser (como habitualmente ocurre) una pesada carga para nuestro propio futuro en la sociedad de consumo. Es en esta necesidad (creada) del cambio permanente donde Bauman coloca el consumo de drogas o de alcohol en los jóvenes contemporáneos. Bauman destaca que los ciudadanos contemporáneos:

...tan solo viven en el presente, no hacen ningún caso de la experiencia pasada y de las consecuencias futuras de sus actos, (se trata) de una estrategia que ocasiona una falta de ataduras con otros. La cultura del presente da mucha importancia a la velocidad y a la eficacia, en cambio, desdeña la paciencia y la perseverancia. (Bauman, 2008: 19).

Se cierra así el ciclo de la creación del ciudadano que el capitalismo contemporáneo exige y necesita. Se crea una nueva cultura, una nueva forma de ser y de hacer, que responde al patrón y a las necesidades de un sistema económico que ya hace décadas ha invadido toda la realidad social de las democracias occidentales.

Bauman acaba, y nosotros con él, con un grito al cambio de paradigma, a la educación a lo largo de toda la vida en el sentido más amplio, no sólo en lo que atañe a las exigencias del capitalismo, y, en definitiva a la (nueva) creación de la figura del ciudadano (con compromiso social, solidario y político) en contra del consumidor generado y exigido por el capitalismo. En la página 40 de la obra citada, clama:

El consumidor es un enemigo del ciudadano.

Para continuar.



No solamente hay que renovar a cada instante, y a lo largo de toda la vida, las habilidades técnicas y la educación centrada en el trabajo; hay que hacer lo mismo, y aún con más urgencia, en cuanto a la educación para crear ciudadanos.

Así, con Bauman, hemos caracterizado la modernidad líquida generada por el capitalismo contemporáneo. Hemos reflexionado sobre las exigencias que dicho sistema implanta respecto al ciudadano y la ambivalencia en que le encierra. Asimismo, ante la expansión de la vulgata del capitalismo en escuelas de negocios y en medios de comunicación, aboga por un cambio en el paradigma de la educación alejándola de la razón instrumental y recuperando la figura del ciudadano que se aleje de la insolidaridad y falta de compromiso social que se deriva de la caracterización del capitalismo contemporáneo.

Quizás sea éste el camino pero, en nuestra opinión, el primer paso siempre será el alcanzar un grado razonable de autoconciencia y de análisis real de las causas que nos han llevado a la situación actual. Tan sólo tras el diagnóstico se puede empezar el tratamiento. He aquí el principal objetivo de nuestro artículo.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Zygmunt. (2008). *Els reptes de l'educació en la modernitat líquida*. Barcelona: AtmArcadia.
- BOLTANSKY, Luc y CHIAPPELLO, Ève. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- BOURDIEU, Pierre. (2005). *Pensamiento y acción*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- y WACQUANT, L. (2001). *Las argucias de la razón imperialista*. Barcelona: Paidós.
- HORKHEIMER, Max. (2000). *Teoría Tradicional y Teoría Crítica*. Barcelona: Paidós.
- (2002). *Crítica de la Razón Instrumental*. Buenos Aires: Editorial Sur.
- y ADORNO, Theodor W. (1994). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.
- MARCUSE, Herbert. (1968). *El final de la utopía*. Barcelona: Ariel.
- (2008). *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel.
- (2009). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Ariel.
- WEBER, Max. (2004). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: FCE.